

31

NOVELA

The word "NOVELA" is written in a large, white, stylized font with a blue outline, set against a dark blue background with a white dotted pattern. Below the word is a large, stylized "FOX" logo in orange and white, also with a blue outline.

Amando y jugando

Nancy Drexel

David Rollins



PROPAGANDA





La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca 'FOX'

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis,
Barcelona Tel. 18551

Año II N.º 31

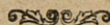
Jugando y amando

Deliciosa comedia, interpretada por

E. H. CALVERT, FRANK ALBERTSON,
NANCY DREXEL, JOHN DARROW y
DAVID ROLLINS; etc.

PREP AND REP
1928

SUPERPRODUCCIÓN FOX



Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

JUGANDO Y AMANDO

Argumento de la Película

En la academia militar de Culver, Indiana, Estados Unidos de Norteamérica, setecientos muchachos se preparaban para la gran batalla de la vida.

Era de ver el efecto que causaba aquella numerosa juventud, con sangre de bromista... y de valiente en las venas.

El coronel Marsh, comandante de los cadetes, quería a éstos como a hijos, y como un buen padre, los educaba con severidad, aunque hiciera la vista gorda en muchos casos.

Hallábase el coronel en su despacho, aquella mañana, cuando un simpático cadete, Hill, "El Comodín", ordenanza de aquél, aunque no era seguro que lo encontrase cuando lo necesitaba, se le presentó, portador de un telegrama.

El parte, que el coronel se puso a leer inmediatamente, decía así:

"Cumpliendo último deseo de mi difunto esposo, mi hijo Cirilo llegará hoy esa academia con objeto de completar su educación. Tenga la bondad de proporcionarle un compañero de habitación bien educado y verduras frescas todos los días.

Nina Rodes."

Mientras el jefe leía el telegrama, muy complacido, por cierto, a juzgar por las sonrisas que aclaraban su rostro, "El Comodín" hacía señas a una encantadora jovencita que acababa de ver cruzar la parte exterior del despacho en que se hallaba esperando órdenes.

La citada joven era Gloria, la hija del coronel... y gloria del regimiento.

"El Comodín" había puesto sus ojos en la monísima criatura, y Gloria, amable con todos los buenos muchachos, le hacía caso de vez en cuando, aceptando su compañía y su agradable charla, y aunque con eso ella no se comprometía a nada, el muchacho tenía esperanzas de "comprometerla".

Por señas, "El Comodín", decíale a Gloria que le esperase en el jardín, y ella le respondió que procuraría complacerle, pero que, ahora, iba a ver a su padre, es decir, entraría en el despacho.

El coronel levantó la vista en el preciso instante en que su ordenanza terminaba de hacer señas y en que Gloria acababa de desaparecer del cuadro de la ventana. Al

ver el juego de manos a que se estaba librando "El Comodín", y que suspendió bruscamente al verse sorprendido, el jefe le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Se ha vuelto usted *completamente loco*?

El muchacho se atragantó, y como el coronel, al volverse hacia la ventana, no vió a Gloria, ni a nadie, a "El Comodín" le fué posible disimular que se entretenía cazando moscas, porque allí no había águilas ni buitres.

Gloria iluminó el gabinete de trabajo de su padre con su presencia.

Era una criatura adorable, orgullo del coronel, quien no la cambiaría por el mayor tesoro del mundo.

Al verla, el jefe le anunció, sonriente, mostrándole el telegrama que acababa de recibir y leer:

—El hijo de "El Tigre" Rodes está por llegar...

Gloria demostró con un inconfundible gesto, que no sabía quién era "El Tigre", y el coronel, sorprendido de que su hija ignorase tan importante dato de la academia, explicóle:

—Me has oído hablar con frecuencia de "El Tigre" Rodes. ¡Fué el atleta más grande y más completo que ha existido en la academia!

—Sí... sí... ahora recuerdo...

El coronel se levantó de su sillón, y, con su hija, fué a contemplar los objetos que había en una vitrina que ocupaba uno de los lados del despacho.

—Cada uno de estos trofeos—explicó el jefe—, representa una victoria de Rodes. ¡Ojalá que su hijo se le parezca!

"El Comodín" estaba allí todavía. El coronel le entregó el telegrama, y le dió esta orden:

—¡Llévelo al director de cultura física!

Y no podía disimular su contento, al pensar en la satisfacción que, a su vez, experimentaría el aludido profesor de gimnasia.

Aquel mismo día llegó a la academia el anunciado hijo de "El Tigre".

Un automóvil lo condujo hasta la puerta, y al apearse, se echó de ver que quien llegaba no era, precisamente, un tigre más, sino un joven vestido y educado a la europea.

Su nombre: Cirilo Rodes.

Digamos en descargo suyo que él no tenía la culpa de llamarse Cirilo. Este nombre se lo pusieron sus padres al bautizarle, sin pedirle permiso. Le eligieron tan apoteósico nombre, como hubieran podido optar por el de Tiburcio, Anacleto, Rufo, Indalecio y Anda la órdiga.

¿Aquél era el hijo del famoso "El Tigre"?

Francamente, no tenía cara de fiera, sino de muchacho pacífico. Su apariencia era exactamente la de un pollo-pera o sandía.

Los cadetes hallábanse en el campo haciendo ejercicios de formación.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Cirilo avanzó hacia los alumnos y preguntó a uno de los jefes, dándole un golpecito en el hombro con su enguantada mano:

—¿Puede usted hacerme el favor de indicarme el estudio del director?

El oficial instructor le dió las señas brevemente, y nuestro buen Cirilo, saludando a diestro y siniestro, quitándose de la melonera el hongo que la cubría, siguió avanzando, como un "dandy", pero, entendámonos bien, sin deseo de causar sensación entre sus compañeros, sino con naturalidad. Su mamá le había educado de aquella manera, rodeándole de mimos excesivos.

Unos cadetes comentaron, al enterarse de que Cirilo era el hijo del mejor atleta que tuvo la academia:

—¡Si ese primo es el heredero de "El Tigre", indudablemente éste murió de puro bochorno!...

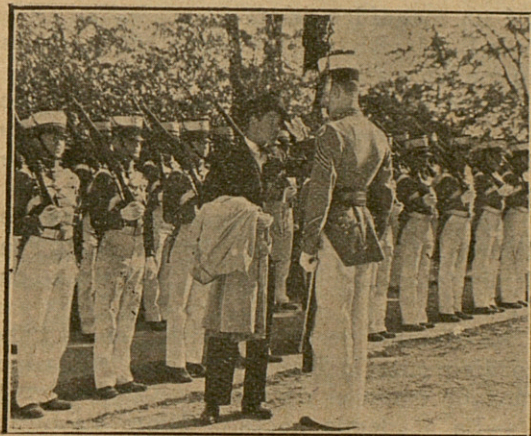
—¡Oh, sí! Parece una señorita...

"El Comodín" fué encargado por el oficial de dar a Cirilo las señas del despacho del coronel, de acompañar al recién llegado, y el simpático muchacho lo hizo con mucho gusto, orgulloso de ir al lado

del nuevo cadete, que pronto eclipsaría a todos con su valer físico, como su padre.

Gloria estaba conversando con un cadete de tanta estatura como vanidad. Era Wells, "El Relámpago", el mejor atleta del colegio... y el más desleal.

"El Comodín" y "Relámpago" no se po-



—¿Puede usted hacerme el favor de indicarme el estudio del director?

dían ver, por celos, ya que Gloria, amable con todos, correspondía a la simpatía que le demostraban los dos.

Gloria, al ver al recién llegado, que le pareció muy agradable, y que la saludó

cortésmente al ver que "El Comodín" lo hacía, dijo a Wells:

—¡"Relámpago"! ¡Ese es el hijo de "El Tigre" Rodes!

El vanidoso respondió, de modo estúpido:

—¿Y qué he de hacer? ¿Cuadrarme?

—¡Cuida de tus trofeos, que su padre fué un magnífico atleta!

—¡Bah! ¡El que mi padre tenga callos, no me hace a mí alpinista!

El coronel recibió afablemente a Cirilo. No había olvidado nunca el renombre que dió su padre a la academia, y veía en el hijo un digno sucesor.

Hablaron de los tiempos juveniles del difunto, y, luego, en el parque de la academia, el coronel presentó a Cirilo al entrenador.

El director de cultura física le estrechó cordialmente la mano y le dijo, tan esperanzado como el coronel:

—La academia necesita ahora un atleta que se distinga en todos los deportes, Rodes... y todos nosotros confiamos en que usted sabrá continuar la gloriosa reputación de su padre.

Cirilo miró al coronel y al director de cultura física. ¿Qué es lo que esperaban de él? ¿Que hiciera lo mismo que su padre? Pero...

—Temo... temo causarle un gran desen-

canto, señor... — pronunció tímidamente. Y el coronel, plenamente convencido de ello, comentó:

—¡Igual que su padre!... ¡Modesto siempre!...

¿Con quién compartiría su habitación el recién llegado?

"El Comodín", que se hallaba cerca del coronel, acercóse a éste al oír que hablaba de aquel detalle, y le dijo:

—¿Quiere usted que duerma en mi habitación, señor? Todos los dormitorios están atestados...

Su proposición fué aceptada, y Cirilo siguió nuevamente a "El Comodín".

Wells se hallaba al pie de la escalera de los dormitorios. "El Comodín" le dirigió una mirada desdeñosa y, deseando que alguien le arrebatase la fama de primer atleta del colegio, le señaló a Cirilo, diciéndole:

—"Relámpago", aquí te presento al hijo de "El Tigre".

Cirilo le saludó, descubriéndose con humildad, y "Relámpago", examinándole con burla de arriba abajo, se detuvo en el hongo negro, y le preguntó:

—¿Heredó usted de su padre ese sombrero?

Cirilo le miró sorprendido. ¡Heredar un hongo antiguo! ¡Con lo que a él le gustaban los hongos!

—Es la última moda de Londres...—respondió, no comprendiendo la mofa de “Relámpago”.

—¡Ah! ¿El señorito es un perfecto elegante? ¡Vaya! Pero, vea usted...

Y golpeando la copa del hongo en su centro, convirtió el melón en otro sombrero, y se lo colocó a Cirilo con toda clase de precauciones, para que no se le cayese y se le manchara.

Cirilo se limitó a sonreír, al ver partido su caro hongo, y “El Comodín” sentía hervir su sangre de ganitas de dar un escarmiento de padre y señor mío al imbécil “Relámpago”.

Este se alejó riendo, y Cirilo, escamado, preguntó a “El Comodín”:

—¿Se burlaba acaso de mí?

—No te preocupes, amigo. Lo que tú necesitas es un director. Yo me encargó de todo. Ya verás.

El, “El Comodín”, el enemigo más temible que tenía “Relámpago” en el colegio, fiaba en las excepcionales condiciones físicas que se atribuían a Cirilo, para dar una descomunal paliza al vanidoso.

* * *

Cierto día, en el comedor general, “El Comodín”, empeñado en amargar la vida de “Relámpago”, le arrojó a la cara, tan hábilmente como con el mayor de los disimulos, varios huesos de aceituna.

“Relámpago” creía que el autor de la broma era Cirilo, y acechaba el momento de descubrirle, de sorprenderlo con las manos en la masa, como vulgarmente se dice, para darle un puñetazo de pronóstico reservado.

Cirilo, ajeno a lo que hacía su amigo “El Comodín”, comía aceitunas, y como le gustasen mucho las de la academia, no pudo ocultar su satisfacción material, exclamando, precisamente en uno de los momentos que “Relámpago” recibía la “caricia” de un hueso en la nariz:

—Buenas aceitunas, ¿eh?

“Relámpago” se abalanzó sobre Cirilo, lo agarró por el pescuezo y le iba a hacer tragar el plato entero, de no intervenir en la reyerta el vigilante de guardia en el rectorio.

Cirilo no comprendía por qué el salvaje de "Relámpago" la tomaba con él de aquel modo.

"El Comodín", suponiendo que la pasividad que demostraba Cirilo cuando le jugaban una mala pasada, no era otra cosa que buen deseo de no crearse enemigos, disculpando ofensas en lugar de contestar a las mismas a lo bruto, le dió una palmada en el hombro y le murmuró:

—¡Ya lo arreglaremos! ¡Deja el asunto en mis manos!

Cirilo asintió. Dejaba el asunto en sus manos... en las manos de "Comodín", ¿eh?

Y después de la comida, el simpático amigo de Cirilo se acercó con éste a Relámpago, y le dijo:

—¡Te desafío a que vengas a vernos mañana, terminada la práctica!

—¡No se me olvidará! ¡Y procura que no se te olvide a ti, Matasiete!

—¡Mañana nos veremos las caras!

Al día siguiente, después de la práctica, Cirilo y "Comodín", solos, se encaminaron al lugar donde debería efectuarse la anunciada pelea con "Relámpago", que estaba ya en espera, deseando pegar duro.

El sitio escogido era el ring de boxeo. Al hablar de pelea, era inútil añadir que se celebraría allí, en toda regla, con buenos guantes y no menos excelentes deseos de no dar descanso a los brazos, aunque aplas-

tasen narices, ojos y otras hierbas faciales.

Cuando "Comodín" y Cirilo llegaron al pie del ring, el primero empujó al segundo hacia las cuerdas, y Cirilo, asombrado, y poniéndosele la piel de gallina, preguntó:

—Pero... ¿quiénes son los que pelean?

—¡Tú y "Relámpago"! — contestó "Comodín", como la cosa más natural del mundo....

—¡Re... re... re... lámpago... y... yo!

—Naturalmente, amigo. ¡Hace tiempo que deseaba vengarme de Wells y ésta es la mía! Tú le darás su merecido, y no tengas compasión, ¿sabes? Cuanto más fuerte puedas darle, mejor. ¡Arráncale una oreja, si puedes!

—Pero, si yo...

—¡No seas tan modesto! ¡Destápate de una vez!

Y quieras que no, Cirilo tuvo que subir al ring, entre la expectación de los cadetes que habían acudido a presenciar el sensacional encuentro.

"Comodín" acercóse al rincón de "Relámpago" y le dijo, apiadándose de él:

—Tus momentos están contados. ¡Lo que nos vamos a reír todos!

Relámpago" sonrió, incrédulo, y se impacientaba.

Cirilo dejóse calzar los guantes reglamentarios resignadamente. ¿Habría llegado

ya su última hora? Tal vez. En fin, que sucediera lo que Dios quisiera.

Iba a empezar el duelo.

"Comodín", colocándose lo más estratégicamente posible, aconsejó a su "poulain", un "poulain" que tenía la piel de gallina:

—No le acabes hasta que yo te lo indique.

Cirilo oía y veía... pero no oía ni veía. ¡Si su mamá le viese en aquel trance!

—Atiende a mis señales — añadió "Comodín", que tenía fe ciega en Cirilo—. Cuando yo haga esto... baile a su alrededor hasta marearlo... ¡y dale entonces en el estómago!

Cirilo asentía a todo. Bailaría cuando "Comodín" se lo indicase. Haría todo lo que fuese necesario. Pero lo que más celebraría que le ordenase su amigo, sería que emprendiese una carrera loca, para que "Relámpago" no le diese alcance ni en avión.

Bueno. Empezó el combate. Instálesense ustedes bien para presenciarlo en todos sus detalles.

Cirilo tenía miedo, eso no hay por qué negarlo. El canguelitis le ataba los pies y las manos, y "Relámpago" aprovechaba la atadura para atizarle mamporro tras mamporro, con una constancia digna de mejor sierte.

Por efecto de los golpes, se desató la atadura de Cirilo, y nuestro infeliz amigo pro-

curó esquivarlos en lo sucesivo; pero su buena intención levantó censuras entre el público, y eso que la entrada era libre y la salida también.

—"El Tigre" lleva sin duda sangre de liebre — dijo un gracioso que se hallaba junto a "Comodín", quien empezaba a ver que las cosas no iban como él pensara, pero sin desanimarse—. ¡Ved como corre!

La lucha siguió, recibiendo cada vez más caricias Cirilo, y hacía las postrimerías de uno de los rounds, el pobre muchacho cayó, para la cuenta, sin duda, y algo más, pero "Comodín", muy comodón, tocó el gongo y así evitó que su amigo fuese declarado vencido en aquel round.

Reanudóse la pelea, y cuando Cirilo perdía de nuevo el mundo de vista, un milagro le libró de que fuese declarado derrotado por unanimidad de golpes: la llegada del coco... del coronel.

"Comodín" gritó:

—¡A volar, muchachos! ¡El viejo!

En un santiamén todos los cadetes desaparecieron de allí, dejando solo a Cirilo, quien seguía luchando a ciegas, extrañándole no recibir más golpes. ¿Es que "Relámpago" había decidido declararse vencido, en vista de que no lo podía vencer?

El coronel iba a caballo, con su hija. Regresaba de un paseo por los alrededores de la academia.

Al ver a Cirilo boxeando solo, el coronel, al tiempo que Gloria sonreía, exclamó, orgulloso de él:

—¡Precisamente como su padre! ¡Preparándose en secreto!

Cirilo acertó a ver al jefe, y saludó torpemente, repitiendo el saludo para Gloria, quien se lo agradeció más de lo que él pudiera figurarse... sobre todo en aquellos momentos...

—¡Bien, Rodes, bien! ¡Me agrada verle entrenándose! — pronunció el coronel.

Tras esto, se alejó, con su hija, y el pobre Cirilo sentóse en el centro del ring, completamente muerto... de fatiga.

“Comodín”, que se había encaramado a lo alto de uno de los árboles que rodeaban la sala de boxeo al aire libre, “aterrizó” y fué al encuentro de su amigo.

—¡La llegada del coronel salvó a “Relámpago” — le dijo de un modo categórico—. ¡Ganamos por decisión!

Cirilo le contempló atónito, y “Comodín” repitió:

—¡Hemos ganado, hombre, hemos ganado! Pero otra vez ganaremos mejor. No debemos considerarnos satisfechos hasta que le arranquemos las muelas de un solo puñetazo. ¿Estamos?

Se dispusieron a regresar a su habitación. Gloria les salió al paso, y dijo, muy ca-

riñosa, a Cirilo, que apenas había vuelto en sí:

—Encontré en la habitación de mi padre un Anuario del colegio... Hay en él varios retratos de su señor padre...

—Esto le causa mucha alegría a mi amigo — contestó por éste el entrometido “Comodín”.

—Sí, sí... mucha alegría — afirmó el interesado.

—Venga usted a verlo esta noche.

“Comodín” dió una palmada al hombro de su amigo, y repuso a Gloria:

—¡Gracias! ¡Allí estaremos!

¡El no perdía aquella ocasión de estar junto a la bella hija del coronel!

* * *

Sentados en un diván columpio, Cirilo, “Comodín” y Gloria, ésta entre ambos amigos, hojearon el Anuario que ella hallara en la habitación de su padre.

Deseosa de contentar a Cirilo—y sospechamos por qué—, opinó, entusiasmada:

—¡Qué atleta tan extraordinario era su padre!... ¡Boxeador, corredor, saltador de garrocha!...

Por toda respuesta, Cirilo, con melancolía más que regular, murmuró:

—Eso he oído decir... durante toda mi vida.

Gloria le envolvió en una de sus divinas miradas, y añadió:

—Nuestra victoria en la carrera anual del regimiento despende de usted.

Cirilo palideció. ¿Por qué contaba tanto con él, si él no contaba para nada?

“Comodín” se encargó de responder, saliendo al paso a las vacilaciones que pudiera tener el modesto Cirilo:

—Contándote entre los míos, “Relámpago” no tiene esperanza de vencer.

Un tercer amiguito de Gloria se presentó de improviso. Era... el atlético “Relámpago”.

Cirilo y “Comodín” le miraron hostilmente. ¿Quién le había llamado allí?

No le había llamado nadie, pero eso no le impedía ir a ver a Gloria, para que la que había comprado una caja de bombones.

Gloria aceptó el obsequio, pero “Comodín”, apoderándose del mismo, se encargó de hacer el reparto de los bombones, y, para sulfurar a su enemigo, hizo como que probaba de encontrar un bombón que fuese digno de Gloria, y mordiéndolos casi todos, los fué tirando al suelo, por malos.

El coronel salió al jardín, y los cadetes se apresuraron a cuadrarse. “Comodín” y

Cirilo se levantaron del sofá-columpio, aprovechando “Relámpago”, al desaparecer el coronel, la ocasión de empujar un poco a Cirilo a un lado, para sentarse él en el columpio.

Cirilo quedó, pues, de pie, y “Comodín”, para vengar a su amigo, aguzó el ingenio para quitarle el puesto a “Relámpago”, y fingió que llegaba el coronel.

—¡Atención!—gritó.

Cirilo, que había ocupado el puesto de “Comodín”, y “Relámpago”, se levantaron, pero al ver que no había motivo de alarma, apresuráronse a volver a sentarse, sucediendo que, por efecto de la presión que ejercieron los tres cadetes sobre el columpio, pues los tres querían sentarse, hicieron voltear el diván y cayeron al suelo, arrastrando en la caída a Gloria.

Y entonces sí que apareció de nuevo el coronel; pero el buen hombre hizo la vista gorda, y cuando los muchachos se hubieron puesto en pie, les preguntó:

—¿Saben ustedes qué hora es, señores cadetes?

“Relámpago” contestó por los tres:

—Sí, señor... Precisamente ahora nos marchábamos...

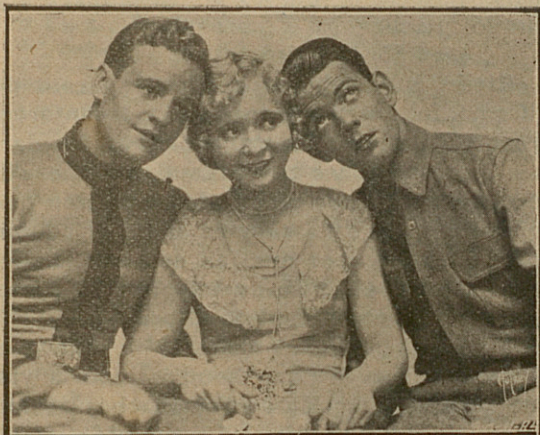
Y así lo hicieron saludando sonrientes a Gloria.

El coronel miró cómicamente a su hija, y le dijo:

—¿Qué ha picado a esos muchachos? Lo único que yo quería era poner mi reloj en hora...

Llegó el día del encuentro anual del regimiento, el último número de cuyo programa era la carrera de relevos.

El entrenador anunció a Cirilo, contan-



—¡Atención!

Lo con él para vencer en toda la línea, cuando el ingenuo muchacho no había tomado nunca parte en carreras a pie, ni a caballo, más que desde una butaca del cine:

—¡“Relámpago” correrá como contrincante tuyo!... ¡Y no olvides que van a disputarse la copa de tu padre!

—Le aseguro, profesor, que no soy buen corredor...

—¡La eterna modestia!... ¡Su padre pecaba de lo mismo!

“Comodín” le animó a su manera:

—Siendo yo tu director, tienes asegurado el triunfo. Te aguardo en la meta.

Un negro se acercó en aquellos momentos a Cirilo y, disponiéndose a frotarle las piernas, le llenó también la cabeza de su padre, el famoso “Tigre”.

—¡Siempre que unté a su señor padre con este aceite de culebra, me regalaba medio dólar!

¡Pues sí que era un porvenir ser el sucesor de “El Tigre”!

Empezó la carrera. Todas las miradas convergían en Cirilo, que esperaba, con “Relámpago” como contrincante, el momento del relevo, para completar la carrera, como relevo final, y, por tanto, como los más firmes puntales de los corredores.

Pero Cirilo no era buen corredor, ya lo confesó honradamente, y a pesar de que, esforzándose extraordinariamente, consiguió llegar a la meta, lo hizo después de “Relámpago”, que fué indiscutible vencedor.

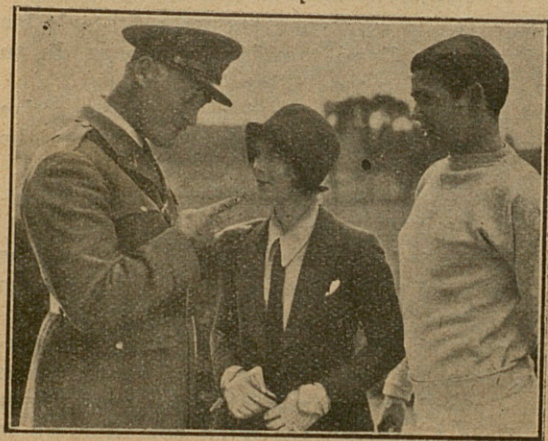
El coronel afligióse al ver la inesperada derrota de Cirilo, y Gloria experimentó por el muchacho cierta lástima...

El infeliz Cirilo no pudo disimular su

cansancio, y dejóse caer, apartado de todos, al suelo, sobre una lona.

"Comodín" se le reunió y encargóse, como buen amigo, de reanimarlo. ¡Bah! Un día malo lo tiene cualquiera.

Pero "Relámpago", acercándose a los dos amigos, seguido de varios cadetes, se



Llegó el día del encuentro anual...

burló impíamente del vencido.

—Con ésta van dos veces que hago ver lo que vales, ¡fanfarrón!

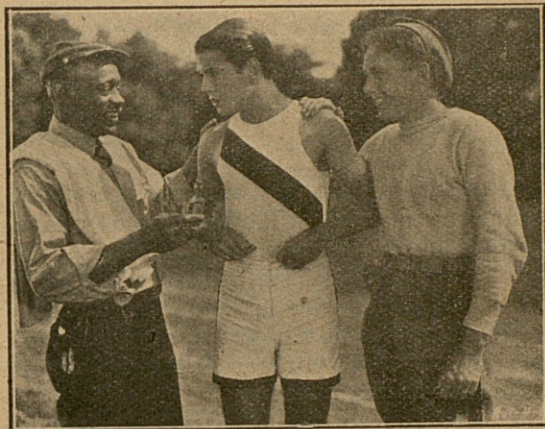
—¡Déjalo, vanidoso!—le reprochó "Comodín".

—¡Cállate, imbécil!

Y, gozándose en atormentar a Cirilo, "Relámpago" añadió:

—¡Lo orgulloso que estaría tu padre de ti, ahora!... Si a él se le llamó "Tigre", tú mereces llamarte "Minino".

Un cadete, delgaducho y de rostro cómico, reunióse en tales momentos, con Cirilo



—¡Siempre que unté a su padre...!

y "Comodín", y dijo al primero:

—¡Tú eres para mí un héroe! ¡Has hecho por mí más que nadie en la academia!

Y le estrechaba las manos, lleno de gratitud.

Los demás se reían...

—Antes de que tú vinieras—prosiguió el

larguirucho cadete—, yo era el chivo expiatorio del regimiento... pero de hoy en adelante, tú ocuparás mi puesto.

“Comodín” se enfureció.

—¡Fuera! ¡Fuera todos!

Y Cirilo reprimió sus lágrimas...

* * *

“Relámpago” no se daba por satisfecho, y aquella noche, hallándose solo con su tristeza en su habitación el infeliz Cirilo, fué a darle una serenata con varios camaradas, amigos de burlarse de los demás.

Maullaban como los gatos, significándole que le llamaban, por ser él, desde aquella tarde, un minino más.

Y esto fué lo que hizo rebasar la copa de la amargura que Cirilo apuraba.

Y, no dispuesto a soportar más burlas, huyó de su habitación por la ventana, firme en su empeño de volver a sus lares...

Pero el coronel le sorprendió en el jardín, y le detuvo.

—¿Qué hace usted a estas horas fuera de su habitación, Rodes?

—Na... nada... señor...

—Ven a mi despacho, muchacho...

Una vez en él, el noble jefe, examinando al cadete y comprendiendo lo que le sucedía, le interrogó:

—Algo parece preocuparte... ¿Qué es ello?

Desalentado, Cirilo confesó:

—Esta academia no se ha hecho para mí, señor... He fracasado en cuanto de mí se esperaba...

El coronel le miró enérgicamente y dejó caer las siguientes palabras:

—¿Qué crees, muchacho, que diría tu padre, si supiese que su hijo es un cobarde?

—¡Esa es la cosa! ¡Que todos esperan que yo sea un segundo “Tigre”! ¡Con eso estoy derrotado de antemano!

—Nadie está vencido hasta que no se lo confiesa a sí mismo. Siete heridas hacen a un hombre. Tú no tienes otra que la infligida a tu amor propio. Esta es tu hora de crisis... ¿Serás capaz de salir triunfante de ella, como lo haría tu padre, o te declaras vencido?

Cirilo, sin sospechar que Gloria estaba oyendo la conversación, reaccionó y, pareciéndole escuchar una voz, la de su padre, que le alentaba a ser fuerte, contestó al coronel:

—Voy a tomar... algunas agallas, señor. Y marchó, decidido a ser otro.

Y el coronel, a quien se reunió Gloria, dijo a ésta:

—Observa a ese muchacho de hoy en adelante, hija mía. ¡Me jugaría por él mis galones!

“Comodín” temió que su amigo Cirilo no volviese a la academia, y recibió la mayor alegría de su vida al verle reaparecer.

Siempre jovial, “Comodín” había adquirido un busto de Napoleón, y mostrándose lo y regalándoselo a Cirilo, le recordó lo que cuenta la historia del corso inmortal:

—De él se burlaron en un principio... ¡pero el hombre se enojó y venció al mundo entero!

Y añadió convencidísimo:

—De hoy en adelante te dirigiré mejor que nunca... ¡Verás como ingresarás en la Caballería Negra!

Luego, señalando una fecha en un calendario, sentenció:

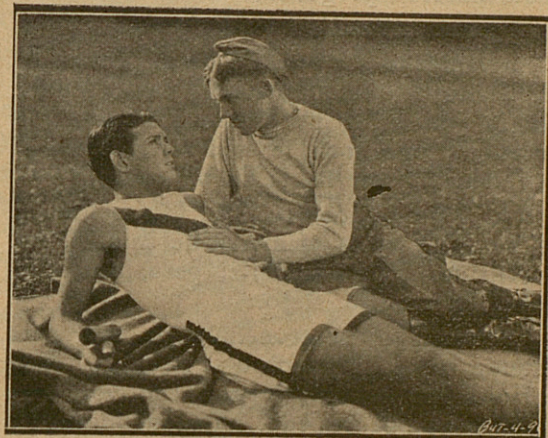
—He dispuesto que el 15 de este mes zurre de lo lindo a “Relámpago”.

Cirilo estaba dispuesto a todo. Se prepararía para todo, deseando vencer.

Pero “Relámpago” se llegó hasta él, para

seguir atormentándole, y al pretender plantarle cara, recibió Cirilo un puñetazo en la mandíbula, que le hizo caer pesadamente sobre la cama.

Ante lo cual, “Comodín” creyó prudente cambiar la fecha del 15 por la del 22, para la celebración de la revancha. En ocho días más, Cirilo podía aprender muchas cosas.



—“Comodín” se le reunió.

Y para no desanimar a Cirilo, le dijo:

—Todo llega a su tiempo, no te preocupes... Ante todo, tenemos que ganarnos un puesto en la Caballería Negra... y si no podemos zurrar a “Relámpago”, haremos que nuestro caballo le venza...

La célebre Caballería Negra estaba integrada por expertos jinetes.

Cirilo iba a probar, y al decirle el masajista negro del colegio, que su padre, "El Tigre", le tenía miedo a los caballos, se sintió poderoso, invencible, capaz de las mayores hazañas a caballo.

—¡Cómo! ¿Había algo que mi padre no sabía hacer?—preguntó, maravillado.

Y ya no tuvo miedo. ¡Vencería!

"Relámpago" se burlaba de la pretensión de Cirilo de ser admitido en la Caballería Negra, y a fin de que su fracaso fuese más rotundo, logró que le hicieran montar el peor caballo que había en las cuadras.

Cirilo no se arredró ante la rebeldía de la bestia, y a las primeras de cambio, fué derribado aparatosamente, pero, afortunadamente, resultó ileso.

"Relámpago" se tronchaba de risa, pero ésta se trocó en asombro al ver que, temerario hasta lo indecible, Cirilo volvía a montar el cuadrúpedo, hasta dominarlo a su antojo.

¡Había realizado una proeza digna de figurar en los anales del colegio, porque nadie quería montar aquella bestia!

Y había que ver como se reía "Comodín" del vanidoso "Relámpago".

Llegó el momento de la revista general. "Comodín" se prometió jugarle una ma-

lísima pasada a "Relámpago" y puso en seguida manos a la obra.

Gloria saldría después de la revista a dar un paseo hacia el pueblo, invitando a Cirilo, pero éste no podría complacerla, por no estarle permitido alejarse de los límites de la academia.

La revista prometía ser brillantísima. "Relámpago" debía mandar una sección, y "Comodín" esperaba el momento de la realización de su mala pasada al rival.

Ese instante llegó de súbito, descosándosele las mangas del uniforme de gala, luego de habérsele roto la espada, y después de eso, se le abrió por la parte de la espalda la guerrera y, a continuación, todos los botones delanteros se le desprendieron como por encanto. Eso era ya bastante, pero "Comodín" había hecho más: le había descosido la cruz de los pantalones, y lo que se vió cuando el vanidoso agachóse, no es para descrito en prosa, sino en verso.

¡El ridículo fué espantoso!

"Comodín" había sabido hacer bien las cosas.

Furioso, "Relámpago" buscó a "Comodín" después de la revista. Le halló en su habitación. Estaba solo.

—Ya sé quién me puso en vergüenza ante todo el colegio... ¡y voy a darte ahora mismo tu merecido!

"Comodín", que no era valiente, ni mucho menos, y le temía a "Relámpago", que era un bruto, se encomendaba al santo de su devoción.

Casualmente, Cirilo llegó al dormitorio en aquellos momentos, y viendo el peligro que corría "Comodín", se dirigió resueltamente a "Relámpago", y le dijo:

—¡Quita las manos de encima de mi amigo, o te rompo la cara!

"Relámpago" se rió de buena gana, y por toda respuesta, Cirilo le atizó un formidable puñetazo, que tumbó al vanidoso.

Aquel día era el 22, la fecha señalada para la pelea.

Enardecido, Cirilo recibió bien a "Relámpago", en el intento de revancha de éste, y los dos rodaron por el suelo, pegándose duro y llevando ventaja uno y otro,

alternativamente. ¡Cirilo luchaba como un león!

Pero he aquí que, de súbito, se oyó la campanada de alarma en el colegio.

¡Fuego! ¡Fuego!

Sí. Había fuego. Pero no en la academia, sino en el pueblo. La que había dado el aviso, entre llamas, era la propia Gloria.

Cirilo dijo, recordando la invitación de ella, a "Relámpago" y a "Comodín":

—¡Gloria está allí!

Rápidamente se organizaron los servicios de salvamento.

Montado a caballo, Cirilo recorrió las inmediaciones del pueblo que también ardían y "Relámpago" hizo lo propio, por su lado.

Pero "Relámpago" fué derribado de su caballo por la caída de un árbol, y quedó apresado en él.

Cirilo logró encontrar a Gloria, y al ir a subirla a lomos de su montura, oyó los gritos de "Relámpago". Y fué a salvarle, olvidando que eran enemigos.

Cirilo arriesgó su vida, por salvar la de Gloria y "Relámpago", y su heroico gesto le valió los elogios de todos, recompensándosele para toda la vida, inscribiendo su nombre en las páginas gloriosas de la academia.

Terminó el curso.

"Relámpago", "Comodín" y Cirilo eran los mejores amigos del mundo, y al despe-

dirse, juraron no olvidarse nunca, ayudándose en lo posible.

—¡Uno para todos, y todos para uno!

¿Cuál de los tres merecería el corazón de la dulce Gloria?

¡No importaba! Cualquiera... aunque los tres quisieran ser los elegidos.

Pero como en materia de amor el hombre es muy egoísta, "Relámpago" y "Comodín" deberían resignarse a ver unidos a Gloria y Cirilo.

FIN

¿Ha adquirido usted ya la formidable novela

Los Cuatro Diablos

Hágalo usted en seguida.

Segunda edición en venta



B.

